

### III.

La muerte dejó á Urraca sola y triste, pues el palacio de su padre, lleno de guerreros, no era para la pobre niña una mansion agradable.

El Conde Ansurez, compadecido de la soledad y de la tristeza de la infanta, escribió al rey diciéndole que convenia no sólo que apresurase su vuelta, sino tambien elegir un esposo para la infanta.

Don Alfonso tardó poco en contestar: al final de la carta decia así:

«Por lo que me dices de la infanta, no te apenes; presto voy yo y le llevo marido de tales condiciones como pueden desearse: es D. Ramon, hijo del Conde de Borgoña, Guillermo, sobrino de mi querida y malograda esposa Doña Constanza, y, por lo tanto, primo de Urraca. Le conviene de todos modos; es jóven y de gallarda apostura, y, además, hermano de Guido, el que ocupa la silla de San Pedro con el nombre de Calixto II. Ya ves si podia elegir mejor; así que yo llegue se desposarán, y se unirán el dia que

mi hija cumpla sus doce años. De esta suerte recompensaré las valerosas hazañas de D. Ramon, hazañas que no tienen igual en la cristiandad; á Urraca daré la sucesion de mis reinos, y si muero sin hijos varones, ella los regirá.»

Esta carta calmó un poco la inquietud del Conde, que no podía vivir por su afan en cuidar de la infanta y de librarla de los asedios de Diego Lainez, que no cejaba en su empeño de amarla y de decírselo.

Poco despues de su misiva, llegó el rey acompañado de un lucido séquito de caballeros y trayendo muchos despojos de la guerra.

Entre aquella brillante corte, resplandecia como un astro D. Ramon de Borgoña.

Era un jóven que podia contar unos veinticinco años; su aspecto, casi régio, imponia respeto, pero su belleza inspiraba casi amor.

Su cabello rubio caia en largos rizos sobre sus hombros y espaldas.

Su armadura de acero marcaba todas las formas de su talle con una exactitud y perfeccion maravillosas; era de alta estatura y de apostura al mismo tiempo marcial y cortesana; en sus ojos reia la dulzura, y brillaba una majestad tranquila y grave.

Urraca le dió al instante su corazon, pues nada habia más perfecto que él; no se cansaba de mirarle, y el pobre Diego Lainez quedó del todo olvidado ante el brillante D. Ramon de Borgoña, guerrero el más

valeroso é ilustre de las huestes que militaban bajo las banderas de Alfonso VI.

—¿Es esta, señor, la infanta vuestra hija, cuya belleza se nombra en todos vuestros reinos? preguntó Don Ramon señalando á la jóven, que inclinó la cabeza ruborizada.

—Esta es, respondió D. Alfonso.

—Lo que es ahora no ha mentido la fama, continuó el Conde, sino que se ha quedado muy atrás en sus alabanzas.

—¿Tal os parece? preguntó el rey con una sonrisa.

—A fé de cristiano y caballero.

—Pues, D. Ramon, miradla bien y ved si os conviene para esposa vuestra, porque, si tal aconteciere, os la daria con el gobierno de Galicia.

Todos los nobles se miraron, atónitos de la gran merced que el rey queria hacer al jóven guerrero.

—No hallo otro medio de recompensar todos los servicios que os debo, prosiguió D. Alfonso; no tengo más hijas que mi Urraca y la nombraré heredera y sucesora de mis reinos, en tanto que yo viva, os daré el Gobierno de Galicia para los dos, segun ya os he dicho.

El Conde se arrodilló y besó la mano del monarca con profunda gratitud.

—Señora, dijo despues, volviéndose hácia Urraca, yo no quiero deber nada á vuestra obediencia; lo quiero deber todo á vuestro corazon: ¿estais contenta

con las disposiciones de vuestro padre? ¿Podreis amarme como á esposo?

—Sí, por cierto, respondió la infanta, ruborizada.

—Pensadlo bien, sin embargo, insistió el Conde, y, cuando queráis, dadme vuestra respuesta que esperaré como mi sentencia de vida ó muerte.

Despues de estas razones, el rey despidió á todos para que fuesen á entregarse al descanso.

Urraca se retiró tambien; y apresurada, con el rostro lleno de alegría, penetró en una galería baja del palacio de su padre, que comunicaba con una de las alas del edificio.

Al fin habia una puerta grande; la infanta llamó y una voz gruesa preguntó desde adentro:

—¿Quién vá?

—Abridme, soy yo, respondió Doña Urraca como si nada más hubiera necesitado para darse á conocer.

En efecto; nada más fué menester; la puerta se abrió y dejó ver la cabeza ruda de un hombre de armas.

—Pasad, señora, dijo con respeto y bajando la punta del venablo que llevaba al hombro.

La infanta se halló en otra galería que comunicaba con un pátio: entró en él, subió una escalerilla y salió á una especie de vestíbulo donde habia algunos soldados.

Todos se levantaron al verla, y uno de ellos se adelantó á abrirle una gran puerta de roble que sólo

estaba entornada y que dejaba escapar algunos dulces acentos.

La infanta se vió en la presencia de tres hermosas mujeres.

La de más edad era Doña Jimena, esposa del famoso Cid Campeador, que tantas victorias consiguió contra los moros, en el reinado de Alfonso VI.

Las otras dos, que contarian respectivamente catorce y quince años de edad, eran sus dos hijas Doña Elvira y Doña Sol.

Eran las tres, como ya he dicho, de peregrina belleza; la de la madre, majestuosa y grave; la de las hijas, dulce y angelical.

Las tres se levantaron para recibir á Doña Urraca que les hizo con la mano un ademán para que se sentaran, sentándose ella á la vez en un escaño de madera.

—Seguid, seguid ensartando vuestras perlas, dijo á las jóvenes que, en efecto, se ocupaban en ensartar finísimas perlas; y vos, señora, no dejéis de hilar vuestra lana; yo os miraré y os contaré entre tanto una cosa.

—Ya os escuchamos, señora, dijo Doña Jimena.

—Pues bien, sabed que me caso, dijo Doña Urraca con petulancia infantil; el rey, mi padre, da mi mano al Conde D. Ramon de Borgoña.

—¿A vuestro primo?

—Al mismo: ¿le conocéis?

—No, señora, nunca le hemos visto, respondió por todas Doña Sol.

—¡Oh, pues no os podeis imaginar un caballero más hermoso! exclamó la infanta con entusiasmo; en su rostro resplandecen unidos la belleza y el valor; sus ojos son como las estrellas que, así á vosotras como á mí, nos gusta mirar por la noche; sus cabellos son rubios como el sol; es alto como el joven roble que crece en nuestras montañas; dulce su voz, como el sonido del agua; al verle sonreir, he creído ver una roja flor que abría sus hojas al viento: señora, amigas mías, D. Ramon es hermoso como ninguno.

Al hablar así, en el rostro de la infanta brillaba la alegría y el cándido orgullo del amor satisfecho y feliz: Doña Jimena la contempló con una sonrisa y luego dijo:

—Es muy bueno que el hombre á quien hemos de unir nuestra suerte, parezca hermoso á nuestros ojos; y sólo deseo, señora, que su alma corresponda á la belleza que os enamora y que, del mismo modo que mi Rodrigo, una á la física la moral.

—¡Sí, él será bueno sin duda! exclamó la infanta; ¿no decís que Dios pone sobre la frente de sus elegidos un sello incomparable? Pues en él lo hallareis; pero oigo en el pátio el paso de algunos caballos; quizá es él, que sale... irá á visitar la ciudad; venid, Jimena, venid, amigas mías.

La infanta corrió á la ventana y sus tres compañeras la imitaron.

Era, en efecto, D. Ramon el que salía, seguido de los deudos y compañeros que había llevado consigo; montaba un caballo blanco con hermosas gualdrapas, y llevaba trás él una nube de pages de su casa, y como decoro de su nobilísima stirpe.

—Es, á la verdad, un caballero muy gallardo, dijo Doña Jimena, y hareis, señora, los dos, la más apuesta pareja de estos reinos que gobierna vuestro padre.

IV.

Poco tiempo despues casó Doña Urraca con Don Ramon, y ambos marcharon á su gobierno de Galicia con el título de Condes soberanos.

La infanta iba radiante de felicidad, pero no así su esposo, en cuyo aspecto apareció de repente la sombra de una negra melancolía.

Los nuevos esposos fueron por de pronto á habitar su palacio de Grajal de Campos, y Doña Urraca, ciega con su felicidad, pasó largo tiempo sin ver el abismo sobre el cual se dormia.

Sin embargo, advirtió al fin en su esposo cierta cosa extraordinaria: su sonrisa era violenta; su hablar desacorde; parecia siempre consumido de impaciencia y de fatiga, su sueño era intranquilo y muchas veces, al despertar su esposa, le halló levantado sentado cerca del lecho y con el semblante contraido por un amargo dolor.

—¿Qué es lo que os apena, señor mio? preguntaba doña Urraca á su esposo.